Master Negative
Storage Number

OCI00043.26

Seven sages of Rome

Historia de los siete sabios de Roma

Madrid

[1893?]

Reel: 43 Title: 26

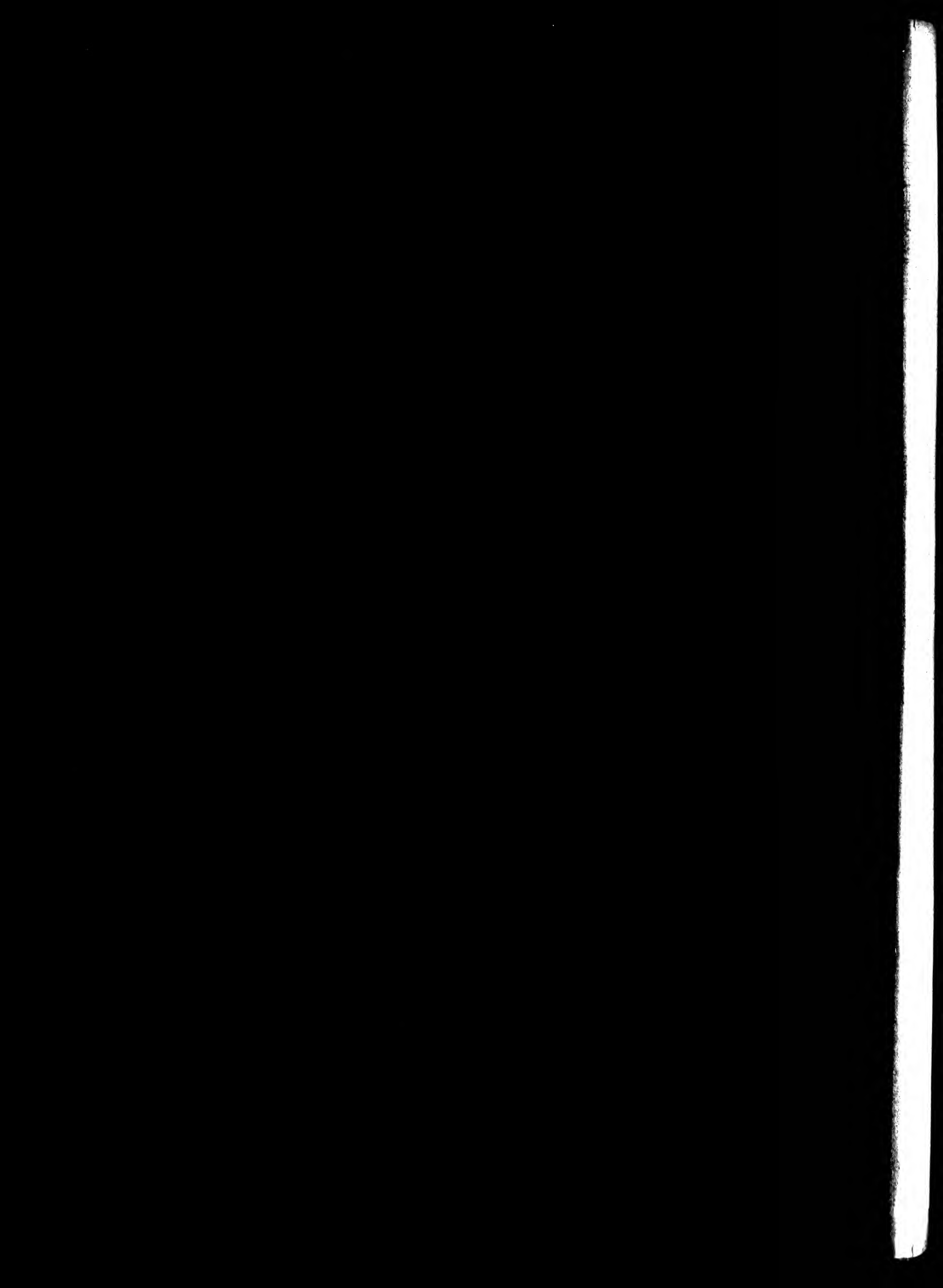
BIBLIOGRAPHIC RECORD TARGET
PRESERVATION OFFICE
CLEVELAND PUBLIC LIBRARY

RLG GREAT COLLECTIONS
MICROFILMING PROJECT, PHASE IV
JOHN G. WHITE CHAPBOOK COLLECTION

Master Negative Storage Number: OCI00043.26

Control Number: ADT-5024
OCLC Number : 29715163
Call Number : W 381.568 H629 v.3 SIETS
Author : Seven sages of Rome. Spanish.
Title : Historia de los siete sabios de Roma.
Edition : Nueva ed. / refundida de la que compuso Márcos Perez.
Imprint : Madrid : [Hernando, 1893?]
Format : 24 p. ; 22 cm.
Note : Cover title.
Note : Title vignette.
Subject : Chapbooks, Spanish.
Added Entry : Perez, Márcos.

MICROFILMED BY
PRESERVATION RESOURCES (BETHLEHEM, PA)
On behalf of the
Preservation Office, Cleveland Public Library
Cleveland, Ohio, USA
Film Size: 35mm microfilm
Image Placement: IIB
Reduction Ratio: 8:1
Date filming began: 9.27.94
Camera Operator: CS



(TRES PLIEGOS.)



HISTORIA
DE
LOS SIETE SABIOS DE ROMA.

Nueva edicion refundida de la que compuso Márcos Perez.

MADRID.
Despacho, calle de Juanelo, núm. 19.


ES PROPIEDAD.

HISTORIA
DE LOS SIETE SABIOS DE ROMA.



CAPITULO PRIMERO.

Cesarino, rico y noble caballero romano, tiene un hijo que dá á educar á siete sabios, y cómo el hijo vuelve á la casa paterna despues de su enseñanza.

En tiempo de los emperadores romanos, por los años en que ocupaba el trono el sabio y prudente Ponciano, vivia en una poblacion poco distante de la corte, un noble y rico caballero, señor de grandes estados, el cual se llamaba Cesarino. Casado con una jóven y hermosa señora, hija de uno de los favoritos del emperador, tuvo un hijo que se llamó Florentino. En siete años de matrimonio no tuvo otro, por lo cual y por ser en estremo hermoso y manifestar un talento superior á sus tiernos años, crióle con el mas entrañable afecto. Aun no tenia el niño seis años cumplidos, cuando cayó enferma gravemente la madre; y conociendo desde los primeros momentos que se acercaba su hora, llamó á su esposo, y le dijo: «Yo sé que me restan muy pocos instantes de vida: vos, señor, sois jóven, rico y noble, y os volvereis á casar; pero cuando así lo hiciéreis, acordaos que teneis un hijo, por el cual os ruego muy encarecidamente. No consintais que vuestra esposa tenga dominio sobre él; educadle muy lejos de ella.» Cesarino la prometió cumplir fielmente con su encargo, y ella queriendo hablar otra vez, la faltaron las fuerzas, reclinó la cabeza en la almohada y espiró.

Traspasado de dolor quedó el caballero por la pérdida de su querida esposa, y en muchos dias estuvo retirado en su aposento, sin querer ver á nadie mas que á su hijo; y pensando en este tiempo en la edad que ya tenia el niño y que debia principiar á darle educacion; discurriendo en el modo de verificarlo con mas acierto, segun las felices disposiciones de Florentino, resolvió aconsejarse de sus verdaderos amigos, á cuyo fin reuniéndolos un dia en su casa, les manifestó el empeño que con ellos tenia. Todos convinieron en que debia poner el niño en manos de siete hombres que habia en Roma, los mas sábios que por entonces se conocian en todo el imperio. El caballero decidió tomar inmediatamente este partido, y mandó que se le presentasen aquellos siete sábios, los cuales no tardaron en comparecer á su presencia. El caballero les dijo lo que de ellos exigia.

y los siete sábios se encargaron muy gustosos de la educacion de Florentino, conviniendo en que todos le enseñarian, cada cual segun su ciencia, llevándose para esto al niño á Roma, sin que volviese á la casa de su padre hasta haber terminado completamente su instruccion.

Partieron, pues, los sábios con el niño, y cuando estuvieron en Roma se alojaron con él en una humilde habitacion, donde principiaron desde luego á enseñarle toda clase de artes y ciencias. Siete años bastaron para que Florentino llegase á tener tan estensos conocimientos, que sus maestros se regocijaban de haber sacado un discípulo que reunia en sí solo la ciencia de todos ellos. Entretanto Cesarino sabia diariamente de su hijo, aunque sin verle, por la condicion impuesta al recibirle los maestros.

Un año antes de concluir la educacion de Florentino, saliendo á caza su padre le ocurrió que inmediato al sitio en que se hallaba por lo alto de un cerro, marchaba en un brioso caballo una hermosa señora acompañada de uno, al parecer escudero. Asombrado repentinamente el caballo dió un bote, arrojando á la señora por el cerro; la cual, muy mal herida y sin sentido, llegó á caer á los piés de Cesarino. Este, acongojado por tan desgraciado suceso, trató de prodigarla todo género de socorros, auxiliado de su gente; mas la señora no dió señales de vida en mas de dos horas. Al fin recobró sus sentidos, y al abrir los ojos se halló al lado del bizarro y generoso caballero á quien debia la vida. El que por su parte quedó tambien sorprendido de la belleza de la señora: con lo cual inflamado su corazon, borró el recuerdo que le quedaba de su primera esposa y se enlazó á la segunda, tan luego como estuvo completamente restablecida de la caida del caballo. Eran las virtudes de esta señora tan pocas como grande su hermosura; y hallándose al año de su matrimonio próxima á dar á su marido un nuevo descendiente, pensó en que las grandes riquezas que aquel poseia pertenecian como mayorazgo al hijo que se educaba en Roma, y que no existiendo este, pasarian al que iba á nacer, tan luego como el marido muriese, y por consiguiente disfrutándolas ella como tutora de su hijo. Con este deseo concibió el criminal proyecto de hacer quitar la vida al primer hijo de su esposo, imaginando una trama en que envolvia al mismo Cesarino, con riesgo de la vida, teniendo por segura la muerte de su hijastro. En el momento que se fijó su intento, fué á donde se hallaba su esposo, y pintándole con los mas vivos colores el amor que le tenia, le encareció cuanto pudo el placer que disfrutaria teniendo á su lado á Florentino, para compartir con él las caricias que habia de prodigar en breve al fruto que llevaba en su seno. El marido con la mayor candidez accedió á sus deseos; pero la suplicó aguardase cuatro ó seis meses mas, á que los maestros de su hijo diesen la enseñanza por completamente terminada.

Aplazado el dia en que Florentino habia de venir al lado de Julieta, (que así se llamaba la actual esposa de Cesarino) esta dió á luz entretanto un robusto infante para colmo de sus deseos y regocijo de su esposo. Llegó, por fin, el momento convenido, y Cesarino escribió á los siete sábios para que

le llevasen á su hijo dentro de cuatro dias. Cuando los maestros recibieron esta órden era ya de noche, y al momento que la leyeron pusiéronse á consultar las estrellas, por saber si deberian obedecer sin tardanza y si habrian de acompañar al jóven hasta dejarle en la casa de su padre. De sus cálculos sacaron, que si llevaban á su discípulo á la casa paterna en el término señalado, á la primera palabra que el jóven hablase, en ella moriria desgraciadamente, por lo cual se entristecieron en estremo y pensaron en hallar una disculpa para no llevarle allá cuando Cesarino les mandaba, aunque tambien conocieron que desobedeciendo arriesgaban ellos la vida. En esto se les acercó Florentino y viéndolos tan cavilosos y afligidos les preguntó la causa, y diciéndole los maestros todo lo ocurrido, quiso él tambien consultar las estrellas, y vió una pequeña que le decia, que si yendo á la casa de su padre pasaba siete dias sin hablar una palabra, salvaria su vida, aunque cada uno de estos siete la tendria en muy grande riesgo. Hizo ver á sus maestros lo que la estrella le decia, y les pidió que pues ellos tan sábios eran, hallasen modo de hablar por él en los siete dias y salvarle así la vida; que él hablaria el dia octavo y se salvarian todos. Accedieron los maestros á lo que su discípulo les pedia y comprometiéndose á librarle de la muerte, uno en cada dia, dispusieron lo conveniente para el viaje.

CAPITULO II.

Recibimiento que Cesarino hizo á su hijo.—Florentino es envuelto en una trama y acusado de parricida por su madrastra.—Cesarino le hace encerrar en un castillo.

Cuando Cesarino supo que llegaba su hijo, tanto era el gozo que sentia por verle, despues de ocho años de ausencia, y sabedor de sus grandísimos conocimientos, que dispuso salir á recibirle con estraordinaria ostentacion. Convidó á todos sus amigos, dispuso un espléndido banquete y reuniendo una numerosa banda de músicos, fué al encuentro de su hijo. Luego que llegó cerca de él, corrió á abrazarle, sollozando de alegría y deshaciéndose en un millon de preguntas; á todo lo cual, el jóven correspondia con grandes muestras de entrañable afecto; pero sin proferir ni una palabra. El padre creyó desde luego que sus maestros le habrian encargado que no hablase por primera vez delante de las muchas gentes que se le presentarian á su llegada, y se abstuvo de hacerle mas preguntas hasta llegar á su casa. En estando en ella, principió de nuevo con mas ahinco, esperan-

do oir de la boca de su hijo portentos y maravillas; pues fue grande su asombro cuando por toda respuesta vió al jóven bajar la cabeza y cruzarse de brazos. En este momento se presentó Julieta, y al ver la gallarda presencia de Florentino, sintió por un momento casi debilitarse sus fuerzas para el horrible intento que hácia él concibiera, mas recobrando pronto su imperio, triunfó su desmedida ambicion, y siguió adelante en su plan. Dirigió al jóven la palabra fingiendo el mayor afecto, y como vió que él ni contestaba ni se movia de la actitud en que se hallaba á su llegada, le dijo á su marido:—A lo que veo, tu hijo educado lejos de la sociedad se ve ahora cortado en presencia de las gentes, y mucho mas habiendo damas; y así, yo te prometo que si me quedo sola con él he de hacer que pierda ese temor que ahora le embarga, y en principiando á hablar, confundirá con su sabiduría á todos los que le oyeren.—Pues si tanto te prometes de tu ingenio, haz desde luego lo que dices: retírate con él á tu aposento, y que pronto le oiga yo hablar.

Hízose como Cesarino dispuso: Julieta y Florentino pasaron á una estancia, en donde luego que estuvieron solos, cerró Julieta la puerta, y en el tono mas halagüeño dijo á Florentino:—Hijo mio, debes saber que hoy vuelves à tu casa por el grande amor que yo, aun sin conocerte, te profeso. Tu padre, que hace largo tiempo habia resuelto deshacerse de tí, primero te alejó de su presencia con ánimo de no volverte á ver, habiendo ofrecido á tus maestros una enorme suma si lograban que tú ignorases donde él se hallaba, y que tú, creyéndote solo y desamparado, te marchases á un país muy remoto. Luego, informado por los maestros, de que tú habias leido algunas de sus cartas y que ya sabias donde él se hallaba, pensó en el horroroso medio de darte muerte. Yo le sorprendí este secreto, y á fin de ponerte á salvo le obligué á que te trajese á mi lado, confiando en que así no le ha de ser fácil ejecutar su criminal propósito. No creyó tu padre conveniente negarme lo que yo le pedia, temeroso de que su plan fuese descubierto con las pruebas que yo guardo, y te envió á llamar; pero despues he sabido que muy pronto logrará su designio, si antes, hijo mio, nosotros no lo evitamos. Un medio solo hay de salir del peligro en que te encuentras y yo tambien: este es el volver contra el criminal las armas que tiene preparadas para el sacrificio de las víctimas: anticipémonos en la ejecucion, y á él pida Dios cuenta de nuestro hecho.

Atónito y casi muerto quedó el jóven al oir á su madrastra, no sabiendo cómo creer lo que acababa de decirle. Viendo ella su abatimiento y que no hablaba palabra, continuó:—¿Por qué tanto te obstinas en no hablar? ¿Ni aun con lo que acabas de oir te resuelves á romper ese silencio? Mira por tu vida; mira por la mia y decídete; pero si no es posible que yo te oiga contestarme, aquí tienes papel y tintero; escríbeme lo que piensas acerca de las intenciones de tu padre. Florentino tomó el papel y escribió: «Dios juzga los corazones: si yo atento á la vida de mi padre, mia será la cuenta: de sus culpas cada uno responda en el tribunal competente.» Al momento

que Julieta leyó el escrito, corrió hácia la puerta, la abrió y principió á dar furiosos gritos llamando en su socorro. A las primeras voces acudieron todos los criados, y una de las doncellas traia un puñal en la mano. Acudió tambien al mismo tiempo Cesarino seguido de los convidados que se preparaban al festin, y deseando saber la causa de aquel alboroto, Julieta con el rostro pálido, desencajado y la voz medio ahogada, dijo:—Es esto una criatura humana ó es una furia venida del infierno, es este tu hijo querido? Sabe, esposo adorado, que ayer llegó á mi noticia que este jóven premeditaba quitarte la vida; yo de ello nada te dije, y cuando hace poco tiempo te pedí que me dejases á solas con el fue con ánimo de confundirle, revelándole su secreto y asegurándome de su persona. Pocas palabras me han bastado para que haya confesado su crimen, estampando en este papel la mas solemne declaracion; mas en el momento que se disponia á romperle despues que yo le hube leido, queriendolo yo impedir, volvió furioso contra mí, sacó del pecho un puñal, y hubiera yo perecido á no acudir prontamente por esa otra puerta esta doncella, que llegando por la espalda pudo contener su brazo y arrebatarle de la mano el arma.

Júzguese cuánto seria el asómbro del infeliz Florentino al oir tamaña acusacion despues de lo que á él Julieta le habia dicho, y sin poder proferir una sola voz para justificarse. Cesarino, enfurecido, sin tardanza mandó que lo llevasen al castillo fuera de la poblacion, con ánimo de tomar justa venganza si su hijo no destruia las pruebas que deponian contra él. Con tan desagradable acontecimiento, se despidieron todos los convidados, y quedando solos Julieta y Cesarino, ella le dijo: Te ruego, esposo mio, que por tu vida y por mi sosiego, nunca mas vuelvas á ver á tu lado ese tu hijo que tan mal ha pagado el afecto que ambos le teniamos. No vuelva mas á gozar el aire libre, ó de lo contrario sé muy cierto que te sucederá lo que aconteció á un caballero en cierto tiempo con un pino pequeño. Cesarino la replicó: ¿qué le sucedió á ese caballero? y ella continuó:

CAPITULO III.

Cesarino por consejo de su mujer se resuelve á que su hijo acabe la vida en la prision, mas oyendo al primer sabio muda de parecer, y decide juzgarle y hacerle justicia.

«Habia en Roma un ciudadano que en un huerto tenia un hermoso pino, de tal virtud, que cualquiera leproso que de él comiese piñones, inmediatamente sanaba. Un dia que aquel ciudadano fue á ver el árbol, halló

debajo de él otro pequeñito, y le dijo al hortelano: amigo, cuidad con gran esmero este arbolito, pues quiero que algun dia sea mejor que el otro grande. El hortelano lo hacia como su señor lo habia mandado: mas este, volviendo al huerto otro dia, le pareció que el arbolito no medraba lo bastante, y haciendo cargo al hortelano, este le hizo entender que siendo el otro inmediato sumamente grande, sus hojas quitaban el sol al pequeño y le impedian crecer; á lo cual el señor mandó que se cortasen las ramas del grande cuanto fuera necesario para dejar paso al sol para el arbolito. Volvió por tercera vez el ciudadano al huerto, y pareciéndole poco medrado el pino, le dijo el hortelano que por ser muy alto el otro le quitaba la lluvia; y entónces el ciudadano mandó que se cortase del todo, confiando en el nuevo vástago. Se hizo así; se cortó el grande por cerca de la raiz, pero en seguida el retoño se secó y murieron los dos juntamente. Los enfermos y necesitados maldijeron á quien aconsejó que el árbol se cortase.»

Del ejemplo habrás comprendido, prosiguió Julieta, que el pino eres tú, dando amparo y socorro á muchos necesitados: el árbol pequeño es tu hijo que intenta quitarte la vida porque le haces sombra y quiere medrar por sí solo. Cesarino convencido de las reflexiones de su esposa, la dió palabra de no sacar de la prision á su hijo en todos los dias de su vida. En este momento avisaron á Cesarino que un anciano deseaba verle, y saliendo de la estancia Julieta, se presentó el primer sabio llamado Pontillas, y al saludar á Cesarino, este le dijo:—¿Que cuenta vienes á darme de tu discípulo? cuando yo te lo entregué á tí y á los otros maestros, hablaba y manifestaba estar dotado de talento; ahora ha enmudecido, ningun talento demuestra y atenta contra mi vida. El morirá encarcelado y vosotros le seguireis.—El cargo que nos haceis, señor, porque no habla, Dios sabe muy bien que no le merecemos; decis que intenta mataros, y á esto debo replicar que si dais crédito al dicho de vuestra esposa, os acontecerá lo que á un caballero que por solo la palabra de su mujer mató á un hermoso lebrel que habia librado á su hijo de la muerte.—¿Pues qué le sucedió á ese caballero?—Os lo diré brevemente.

«Un honrado labrador tenia un hijo, niño de tierna edad, á quien como á vos le sucedia, queria entrañablemente. Tenia este labrador un lebrel, al cual, despues de su mujer y su hijo, profesaba el mas ciego cariño. Un dia el labrador salió al campo: y luego su mujer dejando el niño dormido en la cuna, fue á casa de una vecina para cierta diligencia. Entretanto, una enorme culebra se metió en la casa y dirigiéndose á la cuna en que dormia el niño, hubiera, sin duda, puesto fin á sus dias, si el lebrel que se hallaba muy cerca no hubiese tomado la defensa. Quiso matar á la culebra; pero esta, evitando la embestida, trabó con él una sangrienta lucha en la que, despues de muchas heridas que hizo al lebrel, fue al fin vencida y despedazada. En la contienda rodó por el suelo la ropa de la cuna y se vertió mucha sangre de las heridas del lebrel. A poco rato volvió la mujer, y al

entrar en su habitacion, viendo la ropa del niño por el suelo, la sangre derramada y al lebrel todo ensangrentado, creyó que este habia muerto al niño, y corriendo frenética hácia la calle, vió llegar á su marido, al cual contó el desgraciado suceso, culpando al perro inocente. El infeliz labrador ardia en cólera contra el lebrel, y cogiendo un hacha le partió por medio de un golpe: corrió hácia la cuna, y vió al niño vivo y á la culebra hecha pedazos allí á su lado; entonces conoció que esta habia sido muerta por el perro, sin lo cual su hijo habria perecido. Entonces conoció su yerro por haber creido en las palabras de su mujer.»

Cesarino quedó tan penetrado de la moralidad de este ejemplo, que ofreció al sabio que su hijo no moriria ni sufriria los padecimientos de la prision, solo por la acusacion de su esposa, sin ser oido y juzgado. El maestro dió las gracias al caballero por la merced que le hacia y se retiró satisfecho de haber cumplido bien su encargo defendiendo á su discípulo el primer dia.

CAPÍTULO IV.

Insiste Julieta en pedir contra el hijo de Cesarino; este la ofrece cumplir lo anteriormente dispuesto; pero el segundo sabio logra convencerle de cuán peligroso será condenar al hijo sin juzgarle.

Al dia siguiente, Julieta recordó á su marido la palabra que le habia dado de no volver á ver á su hijo, y aun le indicó cuán conveniente podria serle hacer que secretamente le quitasen la vida: pues de lo contrario estaba espuesto que un dia ú otro saliese el jóven del castillo y efectuase lo que ahora no habia podido contra su padre: á cuyo ejemplo le citó lo acaecido poco tiempo antes á un pastor con un javalí. Cesarino quiso saber cómo habia sido esto, y la pidió que se lo contase; á lo cual ella dijo: «En uno de los bosques que hay á la derecha del camino que desde aquí va á Roma, existia un grandísimo javalí, que era el terror de toda la comarca; varios cazadores habian salido á perseguirle, pero todos volvian horrorizados sin poder escarmentarle. El señor de aquel bosque ofreció que si alguno de sus colonos lograba matar al feroz animal, se casaria con la sola hija que tenia; heredando por consiguiente todos sus estados cuando él muriese. Ninguno hubo que se atreviese á intentarlo, despues de los escarmientos hechos con los cazadores: Un pastor, estando un dia guardando sus ovejas, vió cruzar por un ribazo á la terrible fiera y pensó en el momento: «por cierto que si yo pudiese matar á ese javalí, no solo saldria de pobreza, sino que ensalzaria á todos los mios.» Pensarlo y acometerlo, fué todo

obra de un momento; cogió su cayado y fuese á la selva, donde así que le vió el animal acudió á embestirle. El pastor se subió á un árbol; mas el javalí principió á roer el tronco para derribarle. Tenia el árbol mucha fruta, y el pastor le ocurrió el arrojar de ella al animal, y este tanta comió que se hartó y quedó aletargado. Entónces bajó el pastor y con su cuchillo dió muerte al javalí. Recibió luego el premio ofrecido, y á poco tiempo heredó todo el señorío de su suegro.»

Ahora bien, añadió Julieta, si no haces con tu hijo lo que te digo, ten presente que en la bravura del javalí está significada tu grandeza y poderío; el pastor con el cayado es tu hijo, que, buscando la ocasion, te sorprenderá con su ciencia y la de sus maestros y acabará con tu vida.—No temas que tal me suceda: yo te aseguro que desde ahora voy á disponer lo necesario para que jamás pueda contra mí volverse ese jóven.

Dió Cesarino inmediatamente órden para que á Florentino le cargasen de cadenas; lo cual, sabido por el segundo maestro, llamado Letulo, se presentó á él y le dijo: veo, señor, que con vuestra conducta quereis imitar á un caballero que por engaño de su mujer fué puesto en una picota; y por si no lo sabeis os lo contaré. «Cierto caballero, casado con una hermosa jóven á quien amaba mucho, guardaba todas las noches debajo de su almohada las llaves de las puertas. Habia en la ciudad la costumbre de tocar una campana en dando las nueve de la noche; á cuya señal nadie podia despues andar por las calles, y si alguno encontraban las rondas, le ponian en la cárcel, y á la mañana siguiente salia á la picota, donde le tenian todo el dia á la pública vergüenza. La esposa del caballero algunas noches, despues que este se dormia, tomaba las llaves y salia de la casa. Sucedió una noche que se habia acostado muy temprano, que hallándose la mujer fuera como en las anteriores, el marido despertó, halló de menos las llaves; fué á la puerta y la encontró abierta; cerró por dentro muy bien y se subió á una ventana. Llegó en esto la mujer y no pudiendo entrar en la casa principió á dar grandes gemidos. El marido furioso desde la ventana la decia: mala mujer, ¿así burlabas mi vigilancia? te aseguro que ahí estarás hasta que llegue la ronda y te encuentre. Respondió ella: querido mio, no así me calumnies: te aseguro yo tambien que apenas te dormiste vino una criada de mi madre á decirme que la pobre señora estaba gravemente enferma, y yo por no despertarte salí en silencio: como se acerca la hora del toque de la campana, yo por no tener que pasar la noche fuera de casa sin avisártelo, he venido dejando á mi madre en grande riesgo. El caballero la juró que no entraria en la casa por aquella noche; antes bien cuando llegase la ronda pediria que la llevasen para ser al otro dia puesta en la picota. Ella, deshaciéndose en llanto, le amenazó con que antes de sufrir tal afrenta se tiraria en un pozo que habia cerca de la puerta. Siguió el marido negándose, y ella cogiendo una gruesa piedra la arrojó con fuerza en el pozo y se escondió detrás del brocal. Cuando sonó el golpe de la piedra en el agua, el caballero creyó que habia sido el cuerpo de su mujer, y arrepen-

tido de su crueldad, corrió al pozo por si podia salvarla. En el momento que la mujer le vió salir á la calle, corrió á entrarse en su casa, y sonando en aquel instante la campana, cerró la puerta dejando al caballero fuera. Vino al mismo tiempo la ronda, y encontrándole en la calle le llevó á la prision, sin que le valiesen protestas ni juramentos. Al dia siguiente sufrió el afrentoso castigo de la picota como cualquiera delincuente.»

Así, señor, consultad vuestro corazon antes de cegaros por las palabras de vuestra esposa: juzgad á vuestro hijo y no le condeneis precipitadamente.—La moralidad de tu cuento me induce á que haga como me lo pides; y así, te aseguro que Florentino será oido en lo que tuviere razon.

Muy contento del resultado de su entrevista salió el maestro, con la esperanza de que se cumpliria el pronóstico de las estrellas.

CAPITULO V.

Cesarino reitera las ofertas que tenia hechas á su esposa con respecto á la suerte de Florentino. Un consejo del sábio tercero le hace titubear en este partido.

Llegado el dia tercero, Julieta redobló sus instancias para que su esposo no aminorase el rigor con que deseaba ella que fuese tratado Florentino, y al saber que no se le habian puesto las cadenas como Cesarino la ofreció el dia anterior, prorumpió en amargas quejas y esclamaciones diciendo al marido:—Válgame Dios, hombre, y cuán poco estimas tu vida, mi sosiego y el bienestar de tu familia. Bien seguro puedes hoy estar de que si tanta condescendencia guardas con tu hijo, muy pronto te sucederá lo que á un padre á quien su hijo le negó la sepultura, despues de haber perdido el padre la vida por él.—¿Cómo fué eso? te pido me lo digas.—Pues óyeme atento: «Hubo un caballero en Roma que tenia dos hijas y un hijo. Era el tal caballero tan gastador que todas sus rentas las consumia en fiestas, banquetes, justas y torneos. Al mismo tiempo reinaba un emperador tan inmensamente rico, que tenia un castillo todo lleno de oro, confiada su guarda á uno de sus cortesanos. Llegó una ocasion en que el caballero vino á tanta pobreza que resolvió vender todas sus haciendas; mas pensando que si lo hacia sus hijos moririan de hambre luego que él faltase, imaginó otro medio para salir de su situacion apurada, y pidió al hijo que le ayudase en el empeño, diciendole: Ya ves, hijo mio, al estremo que hemos llegado; para salir del apuro sin perjudicarte á tí ni á tus hermanas, he pensado un medio. El emperador tiene un castillo lleno de oro: vamos allá de noche, minando secretamente el castillo, y tomaremos el oro conve-

niente para nuestra necesidad. El hijo aprobó el pensamiento del padre, y poniendo en obra el minar la torre, á la noche lo tuvieron conseguido y llegaron á verse dentro de ella; tomaron entre los dos todo el oro que pudieron, y al dia siguiente volvió el caballero á gastar segun su costumbre. Cuando el guarda de la torre advirtió el robo y vió la mina, conoció la suerte que le aguardaba en llegándolo á saber el emperador, y trató de averiguar quién hubiese sido el ladron. Delante de la boca de la mina puso una tina llena de pez y betun, de modo que no se podia entrar en el castillo por la mina sin caer en el betun. Cuando el caballero se volvió á encontrar sin un cuarto, se dirigió con su hijo á robar otra vez al castillo: iba el padre delante y cayó en la tina, quedando clavado hasta el cuello, y viendo que tambien iba á caer su hijo le mandó se detuviese, diciendo: no te acerques; si tú cayeres, los dos pereceremos, y si tratases de librarme, todo te mancharás y serás por las manchas conocido sin haber logrado sacarme, segun estoy clavado; con lo cual solo conseguirias tu perdicion y la afrenta de toda nuestra familia: con que para quedar oculto nuestro baldon solo te resta el cortarme la cabeza, y dejando aquí solo mi cuerpo de nadie será conocido. El hijo lo hizo como el padre pensaba: cortó al caballero la cabeza y la echó en un pozo, diciéndolo á sus hermanas, que lloraron mucho á escondidas. Volviendo á la torre el guarda encontró el cuerpo en la tina, y maravillado de verle sin cabeza, mandó á sus criados que le atasen á la cola de un caballo y le arrastrasen por toda la ciudad, y por la calle donde oyesen lloros al pasar entrasen en la casa y prendiesen á los que hubiese dentro. Los criados lo hicieron así; y cuando llegaron delante de la casa donde vivian las hijas del difunto, no pudieron estas contenerse y rompieron en grandes gritos; mas el hermano en el mismo instante se atravesó una mano con la espada; de modo que cuando subieron los criados del guarda del castillo, les hizo creer que el llanto de las hermanas era porque inadvertidamente se habia herido de la mano. Como la casa estaba considerada como una de las principales no se negaron á creer al jóven y se volvieron llevándose el cuerpo sin cabeza que tuvieron muchos dias puesto en la horca, sin que su hijo se doliese de la suerte de su padre.»

Tanto poder tenian con Cesarino las palabras de su esposa que siempre que la oia se enfurecia nuevamente con su hijo; mas los sábios que velaban por su suerte no se descuidaban. El tercer maestro llamado Craton, se presentó en este dia diciendo á Cesarino:—Cuánto crédito dais, señor, á las palabras de una mujer que os pronostica la misma suerte que tuvo un caballero rico, casado con una mujer que le engañaba.—Por si en algo pudiese servirme, te pido que me cuentes ese caso.

—«Un ciudadano habia criado con mucho esmero una cotorra. Esta por su parte era tan discreta que todo cuanto veia y oia, lo decia á su señor. Estaba este casado con una jóven que no correspondia como debia al cariño de su esposo, y recibia visitas de otro gallardo mancebo. La cotor-

ra no se descuidaba en contárselo al amo, quien castigaba fuertemente á la esposa. Esta ni se corregia ni desechaba el ódio que á la cotorra tenia, y juró vengarse de ella. En una ocasion el ciudadano tuvo que ausentarse de la poblacion por algunos dias y la mujer avisó al jóven que no viniese sino de noche para no ser visto de la cotorra; pero aunque no veia cuando el mancebo iba allá, les oia que hablaban. La mujer con su astucia subió al piso que daba encima del cuarto de la cotorra, y abriendo un agujero en el suelo, arrojó desde allí sobre la cotorra gran porcion de piedras, arena y agua, que poco faltó para matar al animalito. Al volver el ciudadano á su casa corrió á informarse de la cotorra lo que hubiese ocurrido en su ausencia, y ella refiriéndole todo cuanto habia oido, se quejó tambien de que la habian maltratado, poniéndola á la intemperie en una noche cruel de lluvia, granizo y nieve. La señora que oyó esto, dijo: no creas á esa bribona; todo eso es mentira; lo que dice de la lluvia y nieve te puede dar á conocer que te miente siempre que habla; desde que saliste hasta hoy ha hecho un tiempo delicioso, como tú mismo podrás averiguar. En efecto, el ciudadano se informó que lo del mal tiempo era falso, y enfurecido cogió á la cotorra y la torció el pescuezo para que no volviese á sembrar mas discordias entre él y su mujer. Apenas hubo muerto la cotorra, el caballero alzó los ojos al techo y vió el agujero, y entonces conoció por algunas otras señales el engaño de su esposa, y no pudiendo resistir al dolor, dejó la casa y fué á Jerusalen á morir como guerrero, sin mas acordarse de la mujer.»

Esta anécdota influyó mucho en el ánimo de Cesarino, inclinándole á favor de su hijo, y el maestro salió contento de su entrevista con él.

CAPITULO VI.

Cuando Cesarino se hallaba decidido á proceder sin tardanza al castigo de su hijo, llega el cuarto sábio y con un ejemplo le hace suspender la ejecucion.

El cuarto dia, queriendo Julieta de una vez descorrer el velo á sus artificios, se presentó á su marido y le dijo: van pasando cuatro dias desde que os descubrí la maldad de vuestro hijo, y á pesar de todas vuestras resoluciones, hasta hoy nada habeis realizado. Florentino fué puesto en una estancia del castillo y allí permanece sin mas castigo; antes bien os vais inclinando á perdonarle cada vez que os habla uno de esos siete sabios que con su perfidia llegarán á hacer con vos lo que otros siete hicieron con cierto emperador romano; y aunque poco me aproveche voy á deciros el suceso. «Cierto emperador tenia en su corte siete letrados, por quienes todo el reino se regia, pues nada disponia el emperador sin el parecer de los consejeros. Aunque sabian ellos que podian lograr del emperador cuanto deseasen, por engrandecerse mas, discurrieron en ponerle ciego siempre

que estuviese dentro del palacio para que no viese sus manejos, y volverle la vista para salir á la calle, lo hicieron así; mas á las dos ó tres veces que salieron bien con su ciencia, llegó el emperador á cegar de modo que no recobró la vista. Pasaron así muchos años, y entretanto los sabios se hicieron muy ricos, ganando al mismo tiempo tal crédito con el pueblo, que cuando cualquiera tenia un sueño acudia á ellos para que le dijesen su significado, y esto les valia un marco de plata. El emperador, que no hallaba remedio á su ceguera en todos los médicos, recurrió á sus consejeros diciéndoles que si no le daban remedio, los hacia quitar la vida. Ellos pidieron de plazo diez dias para estudiar sobre la demanda del emperador, y en este tiempo salieron á recorrer el imperio, por si el acaso les facilitaba un medio de salir de su compromiso. Pasando por una plaza estaban jugando unos niños, y parándose á verlos jugar, llegó un hombre y les dijo: tomad un marco de plata y decidme lo que significa un sueño que yo he tenido esta noche. Uno de los niños lo oyó, y antes que el sabio respondiese se ofreció á descifrar él lo que el hombre habia soñado, y era: que habia visto en medio de un manzanar una fuente que se apareció, regando todo el manzanar. Entonces el niño dijo: con un azadon cava en el sitio que te pareció haber visto la fuente, y allí encontrarás un gran tesoro. Lo hizo el hombre como el niño mandó, y se hizo estremadamente rico. Viendo los letrados cuán sábiamente interpretaba el niño, le preguntaron cómo se llamaba, y él les dijo que Merlin. Entonces ellos le propusieron que pues tanta era su sabiduría fuese con ellos y diese remedio á la ceguera del emperador. Accedió el niño á lo que le pedian y se presentó en la córte con los letrados, siendo muy recomendado al emperador. Este no dudó en que seria buen remedio el que sus consejeros le traian, y quedando á solas con el niño, le mandó diese principio á su curacion. El niño pidió al momento se le condujese á la cámara y estando junto á la cama del emperador dijo á los de la servidumbre: deshaced luego esa cama y debajo vereis maravillas. Hiciéronlo así y apareció una fuente con siete caños. Volviéndose entonces el niño al emperador, añadió: Señor, mientras esta fuente no se seque no recobrareis la vista: para secarla teneis que haceros una violencia. Esos siete caños son los siete sabios que con traicion os han cegado para ellos regir la monarquía, y ahora no saben daros remedio. Haced cortar las cabezas á esos hombres, y la fuente se secará y recobrareis la vista. No se detuvo un momento el emperador; hizo matar á los siete letrados, la fuente se secó y él cobró la vista.»

Lo mismo entiendo respecto á vos con esos siete maestros, continuó Julieta. Vuestro hijo es la fuente donde pretenden beber esos siete hombres el dia que perdais la vida y vuestras riquezas pasen á manos de Florentino; y así nada remediareis mientras no os libreis de esos perversos sabios y luego de vuestro hijo.

Grande fué la confusion en que puso á Cesarino su esposa con el ejemplo último, y no hubiera tan fácilmente salido de ella, si el cuarto maestro,

llamado Malquidra, no hubiese llegado oportunamente á influir con sus consejos. Aunque Cesarino rehusaba escucharle, tanto era el ascendiente que sobre él habian tomado los siete sabios, que no podia resistir á escucharlos, aunque le parecia fácil despues hacer como á él mejor le dictase su conciencia. Cuando Malquidra se presentó, Cesarino le recibió muy enfurecido, pero él suplicándole que le oyese aunque despues le condenara, logró aplacar su cólera diciendo: nada pudieron alcanzar hasta hoy mis compañeros para con vos, mejorando la suerte de vuestro hijo: van ya cuatro dias que le pusisteis en prision, y en vez de juzgarle, os disponeis á redoblar con él vuestros rigores. A todo esto os induce vuestra esposa, y vos la creeis ciegamente á pesar de los ejemplos de otras mujeres que engañaban á sus maridos que os han puesto mis compañeros. Yo sin embargo, confio algo en que si os dignais escuchar un nuevo ejemplo de mi boca, mucho ha de influir en vuestra resolucion. Cesarino le ofreció escucharle, y Malquidra principió:

«Casado un caballero viejo, muy buen hombre, con una jóven á quien amaba ciegamente, antes del año del matrimonio se vió ella tan disgustada de su marido, que resolvió tomar cualquier pretexto para separarse de su lado pensando en hacer despues interminable aquella separacion. Comunicó su designio á su madre; mas esta señora, de gran juicio y prudencia, trató de quitarla tal pensamiento aconsejándola como debia, esponiéndola los peligros á que se espondria con semejante conducta; pero la encontró tan obstinada que hubo de contentarse con aconsejarla que antes de dar aquel paso imprudente, hiciese prueba del sufrimiento de su esposo, por ver hasta donde se podria esperar condescendencia. La hija se conformó en hacer tal prueba, y dió principio en aquel mismo dia. El viejo habia salido á caza; reinaba un mal temporal, y la jóven dijo al hortelano de su casa: cuál es el árbol que mas estima mi esposo de cuantos hay en el huerto. El buen hombre le señaló uno todo lleno de fruto hermosísimo: pues córtale, añadió ella, que con él ha de calentarse cuando venga. El hortelano se negaba, pero tanto insistió la señora que al fin hizo lo que se le mandaba. Cuando á la noche volvió á su casa el viejo, estaba en la chimenea el tronco ardiendo, se acercó á calentarse, y conociendo el tronco del árbol se enfureció sobremanera. La mujer trató de apaciguarle, diciendo que habia ella mandado cortar aquel árbol viendo el mal tiempo que hacia y que no habia en todo el huerto ningun otro que diese mas madera que aquel. Pero cuanto mas hacia ella por aquietarle tanto más él se ponia soberbio; de modo que la mujer prorumpió en amargo llanto, quejándose de la crueldad de su marido. Este luego que vió llorar tanto á su esposa calmó su enojo, tuvo compasion de ella y la consoló diciéndola que cuidase mucho para otra vez no hacer cosa que tanto le desagradase. Al dia siguiente fué la hija á ver á su madre, diciéndola el resultado de la prueba hecha con el viejo, y que visto ya lo que de su enojo se podia temer, estaba decidida á marcharse de su casa en aquel mismo dia. La madre volvió á disuadirla de tal intento, y ella á empeñarse tanto, que la madre la propuso hiciese un segundo ensayo del genio de su ma-

rido. Gran esfuerzo costó á la hija condescender con la propuesta de la madre; pero al fin ofreció hacerlo como se la decia. Llegada la noche, hallándose sentada junto á su marido, fué á ponerse á su lado un perrito muy lindo, que tenia el viejo y á quién amaba con tanto delirio como á la mujer. Cuando ella vió subir el perro al sofá, con mucha soberbia le cogió por las patas y tirándole hácia la pared, le hizo la cabeza mil pedazos. Viendo el caballero á su perrito muerto, se enfureció tanto que estuvo á punto de ahogar á la mujer; pero en el momento de ir á echarla las manos al cuello se contuvo, y conmovido por sus lágrimas la perdonó, encargándola mucho para en adelante inquietarle de tal modo. Cuando al dia siguiente vió la mujer á su madre, diciéndola el buen resultado de su segundo ensayo, creyó que ya la madre convendria en lo de la ausencia; pero aquella la hizo comprender lo necesario de asegurarse bien antes de dar semejante paso, pues aunque las dos veces hubiese vencido con sus lágrimas al viejo, podia tomarse una terrible venganza si se le hacia mayor ofensa. Niégase con gran firmeza la hija á la tercera propuesta de la madre; hasta que al fin, á condicion de ser la última, se vino á la prueba. Imaginó para esto que de allí á dos dias tenia el viejo convidados á comer algunos de sus amigos y á los padres de ella, y que ninguna ocasion mejor podia tener para conocer hasta dónde llegaba su sufrimiento; que la del momento de hallarse á la mesa, si entonces hacia ella cosa que al marido abochornase. Así lo ejecutó. Llegada la hora, se sentó la mujer como todos á la mesa, y se prendió al pañuelo una orilla del mantel. Principiada la comida fingió que se habia olvidado hacer algunas prevenciones á los criados y se levantó muy precipitadamente para echar á correr. A su impulso tiró del mantel que se habia prendido, y rodó por el suelo todo cuanto habia sobre la mesa; mucho sonrojo y disgusto sufrió el viejo; mas la prudencia delante de las gentes le hizo reprimirse, y repuesto lo que se habia perdido, siguió el banquete como si nada hubiese ocurrido. Terminada la comida, cada cual se retiró á su casa, y la mujer que temió para la hora de quedarse sola con su marido, recibió gran contento al ver que este nada la dijo acerca de lo ocurrido. Llegado el dia siguiente, salió de mañana el viejo segun tenia costumbre. Se dirigió á casa de un cirujano su amigo, y le ofreció una crecida suma si hacia lo que se le ordenase. No se negó el cirujano, y fué con el viejo á su casa. Entraron en el aposento de la mujer, y todavía estaba en la cama: le dijo el marido: «siéntate que te van á sangrar.» Ella se asustó estraordinariamente, y replicó que no tenia necesidad de tal cosa, y que jamás la habian sangrado. El marido replicó: «Eso es la razon porque tienes la sangre muy inficionada, y es menester sacártela: ten presentes los enojos y males que me has causado, y así quiero sacarte la sangre del cuerpo; con que si no das el brazo, yo la sacaré de tu corazon con mi espada.» Viendo ella que no habia remedio, presentó el brazo izquierdo. El cirujano picó en la vena, la sangre corrió, y el viejo no consintió que se la parase hasta que

vió á su mujer enteramente perdido el color. Entonces el cirujano puso el vendaje y recibió nueva órden de picar en el otro brazo. La infeliz mujer que apenas tenia aliento, rogó y suplicó se la tuviese compasion; pero el marido implacable, amenazó con la muerte al cirujano si no obedecia. Imposible la fué á la desventurada resistirse, y vió correr la sangre tambien del brazo derecho: cuando ya no pudo tenerse sentada, cayó desfallecida sobre la cama, y entonces la ligaron el brazo. El viejo gratificó al cirujano y salió de la estancia, no volviendo á entrar en ella hasta pasadas seis ó siete horas. Ya su mujer habia recobrado el sentido, y él la amenazó con quitarla la vida si otra vez hacia cosa que apurase su paciencia. Ella desde aquel momento le juró enmendarse, y desde que se vió totalmente restablecida, procuró en todo hacer solo el gusto de su marido, y vivieron ya siempre felices.»

El sabio Malquidra tuvo la satisfaccion de oir confesar á Cesarino que cuantos ejemplos hasta entonces habia escuchado, ninguno le habia sido tan grato y de tanto provecho como el suyo.

CAPITULO VII.

El quinto dia piensa Julieta separarse de su esposo porque no estima sus consejos; él la aquieta; oye un nuevo ejemplo, y luego al quinto sabio le ofrece juzgar á su hijo y ponerle en libertad.

Julieta en el quinto dia se levantó muy de mañana para dar principio á una farsa que habia imaginado en la noche. Se peinó y vistió con mas esmero que otros dias, y mandando que la dispusiesen un caballo y se preparasen á acompañarla tres criados, se despidió de su marido, como si no hubiera de volverlo á ver. Gran sorpresa causó á Cesarino la tal despedida, sin tener la menor noticia de aquella ausencia; y así, la preguntó:—¿A dónde vas? Si sales á paseo, ¿por qué así despedirte?—No voy de paseo: me retiro á casa de mi padre, donde, aunque tenga el sentimiento de hallarme ausente de tu lado, no le tendré de presenciar tu muerte.—¡Mi muerte! ¡siempre recordándome la muerte! ¿Por qué temes ahora eso?—pues que nada te aprovechan los consejos, pues que ciegamente confias de tus enemigos, mi resolucion está tomada: cuenta que te aguarda la misma suerte que al emperador Octaviano.—Nuevo ejemplo me traes preparado.—Preparado no: ¿para qué cansarme en buscar medios de persuadirte á lo que tú desprecias?—Yo te ruego que me digas cómo fué la suerte de ese emperador, pues aunque tú dices que de nada me aprovechan los ejemplos, ten por cierto que mucho influyen para decidirme al partido que voy á tomar, y verás que hoy se cumple.—Te lo diré, si me das esa palabra, y aguardaré todo el dia de hoy á ver tu resolucion.

«César Octaviano, emperador de Roma, era muy rico y en estremo codicioso, llevando la guerra á muchas naciones por el deseo de acrecentar sus riquezas, y logró que muchos reinos se alzasen contra los romanos.

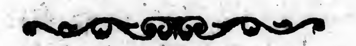
En aquel tiempo estaba en Roma Virgilio, hombre sumamente sabio en nigromancia y otras ciencias. Los ciudadanos recurrieron á él pidiéndole que con sus artes hiciese alguna cosa para que no fuesen sorprendidos y vencidos por sus enemigos. Virgilio, pues, construyó una torre, y en lo mas alto puso una figura con una campana de oro, y alrededor otras figuras representando cada una las diferentes naciones del mundo, y cada cual estaba mirando hácia el lado de la suya, teniendo en la mano muchas campanillas. Cuando alguna nacion queria levantarse contra Roma, inmediatamente la figura que la representaba en la torre tocaba las campanillas, y se volvia de espaldas al sitio que antes miraba. La figura de enmedio entonces tocaba tambien su gran campana, y los romanos conocian por la figura vuelta quién les queria incomodar; se armaban y marchaban contra los que pensaban hacerles guerra. Tambien puso Virgilio en una de las mayores plazas de la ciudad un fuego que nunca se apagaba; al lado del fuego dos fuentes, una de agua caliente y otra de agua fria, y en medio de todo una estátua con un letrero en la frente que decia: «El que me hiera encontrará la venganza.» Muchos años estuvo así la estátua, hasta que un loco un dia leyendo el letrero dijo: «¿Qué venganza podrás tú dar ni tomar? lo cierto es que te pusieron esas letras para que nadie se atreviese á tocarte porque debajo encierras un gran tesoro; pero yo lo entenderé.» Sacudió un fuerte palo á la estátua, y al caer echa pedazos, el fuego y las fuentes desaparecieron, con lo cual perdieron muchísimo todos los pobres que de allí sacaban gran provecho. A poco tiempo tres reinos de los que mas guerra sufrian de los romanos, deliberaron acerca del modo cómo se librarian de sus enemigos, y tres hombres del pueblo se comprometieron á sacarles del apuro si se les daban tres grandes cubas llenas de oro. Los reyes al momento se convinieron y les dieron lo que pedian. Marcharon los tres hombres á Roma, llevando las cubas con el oro, y llegando á la ciudad ya de noche, ocultaron en tres diferentes puntos las cubas. Desde entonces buscaron repetidas ocasiones de ponerse al paso por donde salia el emperador, hasta que una vez chocando con ellos, les dijo quiénes eran y por qué siempre le salian al encuentro. Ellos le hicieron creer que eran unos grandes adivinos que interpretaban y descubrian soñando los mayores prodigios, La codicia del emperador se alarmó y los hizo ir á su palacio para sacar provecho de su ciencia. El primer dia mandó al mas anciano que hiciese prueba de su ciencia, y aquel, desques de grande aparato, signos y otras mojigangas reveló que en tal sitio se ocultaba mucha cantidad de oro. Inmediatamente dispuso el emperador que sus mas fieles servidores fuesen al sitio indicado, cavasen y viesen si era cierto lo dicho por aquel hombre. Salió todo como se esperaba, sacando la cuba de oro, que le fué presentada al monarca. El segundo dia hizo nueva esperiencia con otro de los adivinos, y este repitió la misma escena, descubriendo la otra cuba. El tercer dia se repitió el aparato para sacar la última cuba con el oro, y el emperador quedó tan satisfecho que pensó saciar su avaricia mandándoles

les descubriesen otro tesoro. Entonces los tres hombres se pusieron á consultar, y le manifestaron que debajo de la torre de las imágenes se ocultaba tanta riqueza como pudiera valer todo el reino junto. El emperador al pronto se negó á que se buscase tal riqueza, pues si por ella se derribaba la torre, perdia mas que aquella le valiese; pero ellos le aseguraron que la tal riqueza podria sacarse sin destruir la torre. Condescendió el emperador; fueron allá los hombres, minaron los cimientos de la torre, y dijeron que hasta el otro dia no podia sacarse el tesoro. Aquella noche se fugaron del reino, y al dia siguiente cayeron al suelo las imágenes de las campanillas. Los senadores culparon al emperador de aquella pérdida y le sentenciaron á morir, echándole por las espaldas oro derretido. Se cumplió la sentencia, y poco tiempo despues vinieron sobre Roma los tres reinos que habian arruinado la torre y vencieron á los romanos.»

Tan penetrado quedó Cesarino de la semejanza de este caso con su actual estado, que ya le pareció no podria haber cosa alguna que le hiciese variar de rosolucion; pero apenas hubo salido de su estancia Julieta, se presentó el quinto sábio, llamado José, y aunque Cesarino rehusaba escucharle, cedió al fin y oyó un nuevo cuento en esta forma:

«Habia un famoso médico llamado Hipocras, tan sabio que á todos sobrepujaba. Tenia un sobrino llamado Galeno, muy querido suyo, de grande ingenio y que tambien estudiaba la medicina. Hipocras, temiendo que su sobrino llegase un dia á sáber tanto como él, trató de ocultarle muchos secretos de la ciencia; mas Galeno con su talento se hizo sobresaliente. Acaeció que un hijo del rey de Hungría cayó enfermo y nadie acertaba su mal. El rey entonces acudió á Hipocras; pero este negóse á ir allá, y envió á su sobrino recomendándole mucho al rey. Galeno vió al príncipe de Hungría, le medicinó, y en pocos dias estuvo curado, con lo cual recibió grandes recompensas del rey. Cuando volvió Galeno á casa de su tio, este recibió grande descontento, pues al enviarle creyó que la enfermedad era incurable y por esto no quiso él ir. Desde entonces pensó matar á su sobrino, y saliendo un dia con él al campo, le hizo bajar á coger una yerba y en el acto le clavó un cuchillo, dejándole muerto. Poco despues Hipocras cayó gravemente enfermo, y aunque le asistieron sus mejores discípulos, no acertaron á curarle, y él conoció que si su sobrino viviese lo pondria sano; por lo tanto, sintió lo que con él habia hecho, y arrepentido de su crímen espiró.»

Yo os digo, añadió José, que si dejais en prision á vuestro hijo ó le quitais la vida, en el tiempo de la necesidad no tendreis quien os socorra. Cesarino le ofreció que al dia siguiente seria juzgado su hijo, y si no resultaban pruebas ciertas de su atentado, saldria del castillo.



CAPITULO VIII.

Julieta se niega á ver á su marido: le escribe una carta dándole un nuevo consejo. El sesto maestro de Florentino le avisa que pronto ha de oir hablar á su hijo, y Cesarino suspende hasta este caso todo procedimiento.

Cuando el dia sesto vió Julieta que su marido ninguna determinacion habia tomado aún contra Florentino, se decidió á no dejarse ver de él en todo el dia y decirle que tenia avisado á su padre que se queria ir con él, y viniese á sacarla de allí. Lo hizo como pensó: escribió á Cesarino una carta manifestándole su determinacion, y le acompañaba por último consejo, un ejemplo que así decia:

«Hubo un rey gentil que intentó por fuerza de armas llegar á Roma y llevarse los cuerpos de San Pedro y San Pablo. Al efecto, puso cerco á la ciudad, y tanto la estrechó que los ciudadanos ya se veian precisados á entregarla ó darle los cuerpos de los santos que pedia. Entonces habia en Roma siete hombres muy doctos á quienes el gobierno pedia consejos en lances de apuro y en esta ocasion recurrieron á ellos para que dijesen qué deberia hacerse. Todos siete puestos de acuerdo se comprometieron á defender por sí solos la ciudad; y el primer dia que el enemigo trató de dar el asalto, salió el primero de los sabios, habló con el rey sitiador, y tan buena maña se dió, que por aquel dia no fueron molestados los romanos. Lo mismo sucedió con los otros sabios cada uno en su dia; pero cuando llegó el sétimo ya el sitiador juró en aquel dia tomar la ciudad sin consideracion alguna. Entonces el último sabio se vistió de oro y plata que deslumbraba, y con muchos cascabeles y dos grandes cuchillos en las manos, subió á lo mas alto de la ciudad y principió á moverse precipitadamente. Los sitiadores, asombrados de aquella vision, consultaron sobre lo que podia ser á los mas doctos del ejército, y estos convinieron en que aquello era el Dios de los cristianos que se habia puesto en defensa de los romanos; con lo cual, aterrados los soldados, principiaron á huir dejando al rey solo, que tuvo necesidad de correr para salvar la vida; pero los romanos le alcanzaron y le dieron muerte.» Ya ves (decia Julieta en su carta) como los siete sábios engañaron al rey hasta concluir con su vida; pues eso mismo procuran contigo los siete maestros de tu hijo.»

Cuando Cesarino estaba leyendo esta carta, llegó el sesto sabio llamado Cleofas, diciendo: señor, aunque no me deis licencia y aunque me hubiere de costar la vida, me presento á vos para aseguraros que si hoy suspendeis contra vuestro hijo todo procedimiento de rigor, muy cerca está el que le oigais hablar y sepais de su propia boca la causa del tormento en que os hallais sufriendo hace seis dias; mas si hoy no escuchareis mis consejos y siguiéreis los de vuestra esposa, os juro que ha de sucederos como á cierto cortesano en Roma, que fué víctima de las malas artes de su esposa. Cesarino al oir que pronto hablaria su hijo, no pudo negarse á lo que le pedia el sabio, y quiso saber lo ocurrido al cortesano. Cleofas dió principio de este modo:

«Un caballero romano estaba casado con una señora en estremo hermosa y de una desmedida ambicion. Tres cortesanos, favoritos del emperador, la habian pretendido antes de casarse con el que era su marido. Concertó con uno de los tres, que si la daba cien florines le facilitaria el modo de entrar en su casa, y dando muerte al caballero se casaria luego con él. Otorgó el cortesano, y quedaron en que ella le avisaria cuando fuese ocasion. Al segundo cortesano le hizo igual propuesta y tambien accedió en iguales terminos, y así sucedió tambien con el tercero. Ya tenia comprometidos á los tres sin saber nada los unos de los otros; ahora faltaba sacarles á todos el dinero. Comunicó á su esposo el plan, y él, que tampoco era muy escrupuloso tratándose de tener oro, se conformó con todo, reducido á que avisado el primer cortesano por ella, cuando entrase en la casa, el marido estaria escondido, saldria y mataria al pretendiente que llevaba el dinero. Con el segundo se haria lo mismo y tambien con el tercero. Escribió, pues, la mujer al primer cortesano que fuese siendo de noche y llevase los cien florines. Fué allá el incauto caballero, y apenas puso el pie dentro de la casa quedó muerto. Al otro dia recibió el mismo aviso el segundo y sufrió la misma suerte. Tambien el tercero cayó como estos dos, y los tres cuerpos fueron con gran secreto arrojados al rio. Cuando se notó en la córte la falta de los tres caballeros, nadie pudo saber cuál hubiese sido su destino. Pasado mucho tiempo tuvieron una desavenencia el marido y la mujer, y creyendo que nadie les oia, dijo el caballero: ¡miserable! ¿quieres acabar conmigo como acabaste con los tres cortesanos? Unos criados que oyeron esto lo contaron fuera de la casa, y llegando á oidos de la justicia, prendieron á los dos esposos y la mujer al instante confesó de plano: con que fueron atados á la cola de un caballo y murieron arrastrados.»

Cesarino esclamó al concluir Cleofas: bien merecida fue la muerte de tan perversa mujer, que arrastró al precipicio á su inadvertido esposo: y así, te aseguro que si es cierto que ha de hablar mi hijo, nada dispongo hasta que esto se verifique y de una vez se aclaren tantas dudas que me cercan.

CAPITULO IX.

Cesarino ve á su esposa en el aposento que se habia encerrado: la dice que pronto ha de hablar su hijo, y ella teme por este momento. El sétimo sabio le asegura que al dia siguiente hablará Florentino.

El sétimo dia, Cesarino fué á ver á su esposa al aposento en que se habia encerrado el dia anterior, y la refirió las esperanzas que le habia dado Cleofas de que pronto hablaria Florentino. Ella se aterró al oir tal cosa, pues conoció que cuando el jóven hablase diria todo lo que de ella oyó el dia de su llegada; y aunque á favor de su declaracion ninguna prueba tendria, y ella contaba por testigos á todos los criados que tenia sobornados, que dirian haber presenciado ocultamente la entrevista de aquel dia, sin embargo, un secreto presentimiento la inducia para que hiciese el último esfuerzo, por

si lograba impedir que Cesarino oyese á su hijo; y cuando no lo consiguiese, se ausentaria donde su marido no la pudiese alcanzar.—Os avisé antes de ayer que me ausentaba de vuestro lado, dijo Julieta; os escribí ayer que mi padre vendria para llevarme, y hoy os digo por última vez que mañana ya no me vereis: pero voy á referiros, sin que vuelva jamás á importunaros con ejemplos, lo acaecido á un rey por dar mas crédito á un favorito que á sus propios ojos:

«Hubo en cierta nacion un rey que amaba tanto á su esposa y era esta tan bella, que la encerró en un fuerte castillo y él tenia siempre las llaves consigo: un favorito del monarca se habia enamorado de la reina, y como no era fácil llegar á hablarla, valido de su favor con el rey, le suplicó que le permitiese hacer una casa fuera de la ciudad en el camino del castillo, aunque á muy larga distancia de él. Condescendió el rey, y el cortesano, luego que hubo hecho la casa, mandó que le abriesen una mina para llegar secretamente hasta dentro del castillo. Un dia se presentó por este medio á la reina, y ella, que se hallaba muy descontenta por el tratamiento de su esposo, admitió la oferta que le hizo el caballero de sacarla de la prision, y le dió en reconocimiento un anillo que tenia como regalo del rey, volviendo el cortesano á su casa. Un dia saliendo á caza el monarca le acompañaba el favorito y tuvo la inadvertencia de poner delante de la vista el anillo que llevaba en el dedo. Fijó en él su mirada el rey; pero en el mismo instante fingiendo el caballero una dolencia se retiró á su casa, pasó por la mina al castillo y dió á la reina la sortija diciéndola lo ocurrido. Inmediatamente se presentó el rey para cerciorarse de la sospecha que habia concebido, y cuando vió el anillo en la mano de la reina, creyó que se habia engañado con otra sortija parecida. Concertaron la reina y el cortesano ausentarse de aquel reino, y cuando estaban hablando de ello se presentó el rey. Antes de llegar á la estancia oyó que hablaba la reina, se detuvo y escuchó; no pudo percibir mas que la voz, pero nada entendió; el caballero que oyó las pisadas, huyó por la mina. Entró el rey, vió á la reina muy tranquila, y despues de registrar cuidadosamente todo el castillo se imaginó que tal vez alguna dolencia ó tal vez por distraccion hablaba sola la reina. Cuando volvió á otro dia al castillo su esposa no estaba en él: fue apresurado á tomar consejo de su favorito, y tambien habia desaparecido; al registrar la casa pareció la entrada de la mina, y hallando que comunicaba con el castillo, ninguna duda le quedó ya de la perfidia de su esposa y la traicion de su favorito. Entonces lloró amargamente por no haber dado crédito ni á sus ojos ni á sus oidos, confiando demasiado de un consejero.»

Si no tuviese ya Cesarino la esperanza de poder descubrir todo el misterio cuando hablase su hijo, mucho hubiera influido en su ánimo el ejemplo del favorito de aquel rey; pero estaba resuelto á esperar dos ó tres dias, y si no saliese cierto lo que le tenia ofrecido el sesto maestro, pensaba con todos ello hacer un escarmiento terrible. A este tiempo se presentó el sétimo sabio, llamado Joaquin, y asegurando á Cesarino que al dia siguien-

le hablaria su hijo, le pidió que oyese el último ejemplo, que le debian poner los siete, no ya para defender á Florentino, sino para darle á conocer la perficia que podia ocultar una mujer sin sentimientos. Cesarino se prestó de buena gana y el sabio dijo:

«Un caballero que tenia una mujer á quien amaba mucho, estando un dia jugando á los dados con ella, cayó muerto de repente. La mujer se afectó de tal modo que cayó desmayada, y estando los dos solos en la casa, nadie pudo socorrerla. En aquel reino habia una ley que cuando ahorcaban á un delincuente, un alguacil le custodiaba y si le hurtasen de la horca, el alguacil tenia que morir en el mismo lugar. Cuando sucedió la muerte repentina del caballero, habia un ahorcado; el alguacil se durmió un rato, era de noche y le llevaron el reo. Al despertar se halló sin el cadáver, y sabiendo el castigo que le aguardaba para el dia siguiente, huyó para ocultarse donde no fuese hallado. Caminando sin direccion, fué á dar á la casa del caballero que habia muerto en aquel dia. Tan cansado y sediento iba, que le fué forzoso detenerse allí á pedir un poco de agua y descansar un breve rato. Se acercó á la puerta, llamó y nadie respondia, volvió á llamar y lo mismo; se decidió á entrar, dió un fuerte golpe y la puerta se abrió: se presentó á su vista el cadáver de un hombre y una mujer desmayada junto á él. Principió á dar auxilios á la mujer y logró hacerla volver á recobrar el sentido. Luego que ya estuvo completamente restablecida, suplicó al alguacil que la diese medio de enterrar al marido, porque ella no tenia dinero con que poderlo hacer. El alguacil, al mismo tiempo, la refirió lo que á él le sucedia y el apuro en que se veia: entonces ella le propuso que se llevase al marido, le pusiera en la horca, y su descuido no seria descubierto. Admitió el alguacil la oferta, se llevó el difunto, le puso en la horca, y salió de su compromiso. Volvió á pasar despues de algunos dias el alguacil por la casa de la viuda y entró á verla. Despues de un rato de conversacion, en que le pintó ella con los mas tristes colores su situacion por verse sin amparo de nadie y falta de recursos, concluyó por decirle que si él quisiese casarse con ella recibiria gran merced. Esta proposicion no agradó al alguacil como la mujer imaginaba, sino que por el contrario, tanto le llenó de cólera, viendo cuán poco habia querido á su primer marido, consintiendo que fuese su cadáver puesto en la horca, y á mas pensando en casarse nuevamente á pocos dias, que sacando la espada la cortó la cabeza.» Ya veis, señor, añadió el sabio, lo que hay que prometerse de una mala mujer.

CAPITULO X.

Sale Florentino de la prision en presencia de su madrastra, la confunde y la obliga á declarar sus artificios. Condenada por su marido al castigo que iba á sufrir el hijo, por intersecion de este es perdonada y quedan todos contentos y felices.

Cuando amaneció el dia octavo y los maestros tuvieron consejo para resolver cómo sacarian á Florentino de la cárcel y le llevarian á su padre, acor-

daron que despues de obtener de Cesarino el permiso para que saliese del castillo el jóven, le acompañarian hasta su casa con gran pompa y regocijo. Fueron al padre y le pidieron lo que deseaban, concediéndoselo él á condicion de que le habian de conducir acompañado de gentes de toda su confianza. Llegada la hora, sacaron los maestros de la prision á su discípulo y se dirigieron con él á la casa de su padre, yendo delante dos de ellos, luego otros dos que le llevaban en medio, y detrás los restantes, acompañándolos muchos criados y una gran banda de música. Estando cerca de la casa, salió á recibirlos Cesarino, y cuando Florentino se le acercó, echándole los brazos al cuello, esclamó con gran placer: *¡Padre y señor, sálveos Dios!* El padre al oir la voz de su hijo casi perdió el sentido, y se apresuró á entrar en su casa. En estando dentro, dijo Florentino: antes que nada os diga, señor, haced venir á vuestra esposa con todas sus doncellas. El padre hizo lo que el hijo le pedia y Julieta se presentó pálida y temblando. Florentino echó una rápida ojeada á todas las que acompañaban á Julieta, y fijando la vista en una, dijo: Esa jóven que veis vestida de verde, á quien vuestra esposa prefiere entre todas sus doncellas, es la que certificó haberme quitado de las manos el puñal con que yo intentaba herir á vuestra esposa: que declare ahora, si tiene valor, la verdad de lo sucedido. Todo cuanto espuso contra mí esta señora, fué mentira; ella quiso inducirme á que yo atentara contra vuestra vida, y en respuesta escribí lo que visteis en el papel; leedlo bien y hallareis su verdadero sentido. Si lo que digo no es lo cierto, hable, pues, esa señora y pruebe lo que hasta hoy ha estado acumulándome.

Julieta permaneció un rato muda é inmóvil; pero la doncella, confusa y aterrada, se echó á los piés de Florentino, esclamando: perdon! perdon! No fué necesario mas para decidir á Julieta, que instantáneamente se arrojó en los brazos de su esposo implorando su clemencia, y declarando todo lo que habia intentado para que su hijo fuese único poseedor de todos los bienes á la muerte de su padre. Cesarino, indignado, mandó que la condujesen al castillo, para sufrir el castigo que le habia sido impuesto á Florentino, mas éste con generosidad intercedió por ella con tan vivas instancias, que no creyó conveniente su padre negarse á la primera súplica de su hijo, en el momento que entraba en su casa desde la niñez, y cuando habia recobrado la vida que tan cerca estuvo de perder. Julieta reconocida y confundida por la virtud del jóven, le estrechó afectuosamente en sus brazos, y anegada en tierno llanto le juró amarle como á su propio hijo por todos los dias de su vida; como lo cual cumplió fielmente y vivieron desde entonces todos contentos y felices, siendo el amparo de los necesitados de aquellos pueblos, recibiendo por ello mil bendiciones de sus colonos, con infinitas prosperidades. Los siete maestros fueron recompensados con mucha liberalidad, dándoles Cesarino uno de sus mejores estados, quedándoles así asegurado, un cómodo bienestar por los dias de su vida.

FIN.